



Agustín Moreto

# **Antíoco y Seleuco**

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**Agustín Moreto**

# **Antíoco y Seleuco**

## **PERSONAS**

SELEUCO, rey de Siria.

ANTÍOCO, su hijo.

ESTRATÓNICA, reina.

ASTREA, dama.

ERASISTRATO.

NICANOR.

FLORETA, criada.

LUQUETE, criado gracioso.

UN MÚSICO.

VILLANO 1.º

VILLANO 2.º

VILLANOS Y MÚSICOS.

DAMAS, CRIADOS Y ACOMPAÑAMIENTO.

La escena es en Antioquía y sus inmediaciones

Jornada primera

Selva.

ESCENA PRIMERA

ANTIOCO Y LUQUETE, de camino; después, NICANOR, dentro. (Se oye ruido de tempestad.)

ANTIOCO ¡Terrible tempestad! ¡Válgame el cielo!

LUQUETE Si hará, que todo se nos viene abajo;  
a alguna claraboya de él apelo,  
o a un pozo, para echar por el atajo.

ANTIOCO ¿Luquete?

LUQUETE ¿Gran señor?

ANTIOCO Toda mi gente  
sin duda se ha perdido.

LUQUETE Nosotros (si ellos ya se han acogido)  
seremos los perdidos solamente;  
pues aquí el cielo, aunque nos coge lejos,  
tratándonos está como abadejos.

Vive el cielo, que en ando considero  
que Antíoco eres tú, el hijo primero  
de Seleuco, a quien Siria cedió el mando,  
y que aquí, como yo, te estás mojando,  
y aun mas, porque mi capa tosca y hasta,  
algo mas tarde el agua la contrasta  
que la tuya, delgada y guarnecida,  
caigo en lo que son honras de esta vida  
todo es mentir, a mi pobreza apelo;  
que aquesta burda capa en que me fundo,  
tiene menos adorno para el mundo,  
pero más resistencia para el cielo.

ANTIOCO Dices verdad.

LUQUETE Y ¿cómo qué la digo?

La experiencia Señor, es del testigo.  
¿Hay más que ver al labrador sencillo,  
al sol de julio en el ardiente siesta,  
azotando las mulas desde el trillo,  
trinchar la parva, de haces descompuesta,  
y despreciando al sol, amontonarla,  
y cuando el aire corre desnudarla  
con la horca ganchosa contra el viento,  
que la ligera paja lleva a un lado,  
y del pesado grano, que hace asiento,  
le deja un rubio pez amontonado,  
sin que le ofenda el sol, sino es que vea  
que se va antes que acabe su tarea?  
Pues si al campo va un príncipe, seguido  
de caballos, carrozas y criados,  
de tantas atenciones asistido,  
reverencias, lisonjas y cuidados,  
atreveráse a estar, con muchos miedos,  
un cuarto de hora al sol; que si dos credos

le da en la cholla, cuando el colodrillo  
no le taladre agudo un tabardillo,  
porque fueron sus rayos mas corteses,  
tiene jaqueca para treinta meses.  
Hártase un labrador (de re-la falto)  
de ajos, migas, pepinos y tomates,  
y brinca treinta pies de solo un salto;  
Tiembla un señor de aquestos disparates,  
Y solo por templanza da a su muela  
pollas, capones y agua de canela;  
y si pasa un arroyo algo arrojado,  
del salto a casa va desvencijado.  
Ah Señor, que el ser pobre en esta vida  
es más riqueza y menos conocida.

ANTIÓCO Luquete, moral vienes.

LUQUETE Heme hartado  
de moras hoy, y me han moralizado.

ANTIÓCO Deste monte al abrigo esperarémos  
al día.

LUQUETE Aquí la noche pasarémos,  
aunque poco del agua defendidos.

ANTIÓCO Aquí es fuerza quedarnos detenidos,  
porque el término es este señalado,  
donde a la Reina he de encontrar.

LUQUETE ¿Que ha dado  
tu padre en ser marido?

Porque ya cincuenta años que ha vivido  
de tres mujeres ha arrastrado el luto,  
y aun no de le tercera el llanto enjuto,  
se casa con la cuarta;  
y el como a las otras esta ensarta,  
lo ha de hacer con la quinta y la requinta,  
con que puede, si así el naipe le pinta,  
para cantar de todas tal placeres,  
hacer una guitarra de mujeres;  
y porque en la alusión nada me muerdas,  
esto será porque ellas fueron cuerdas.

ANTIÓCO En ninguna elección mi padre ha sido  
más atento que en esta, pues ha unido  
con su poder el de Demetrio el grande  
para que el Asia mande;  
pues porque toda su valor la rija,  
casa con Estratónica, su hija,  
con que será el señor más poderoso  
del imperio oriental.

LUQUETE Pues ¿más glorioso  
casándote con ella, no quedaba,

pues el mismo trofeo en ti lograba,  
sin la desproporción de su edad vieja,  
habiendo un mozo con que hacer pareja?  
ANTÍOCO A mi me casa con mi prima Astrea;  
no quiera el cielo que mi amor lo vea,  
que mi vida será desesperada.

(Ap. ¡Ay sombra de mi error idolatrada!  
Pues desde que el pincel te dio a mis ojos,  
solo vivo de penas y de enojos.)

A Astrea, en fin, ya la ofreció mi mano,  
que esto debe al ser hija de su hermano.

LUQUETE Y ¿por qué por la Reina a ti te envía?,  
ANTÍOCO por ver si acaso mi melancolía,  
viendo diversas tierras, se divierte.

Cuando la fama de la Reina acierte,  
cuya hermosura iguala con su vuelo,  
no te envía a ver tierra, sino cielo.

ANTIOCO Por ver si es como dicen su hermosura,  
nunca ver he querido su retrato.

LUQUETE Si lisonja no fue del pincel grato,  
en manos de tu padre su pintura  
he visto...

ANTÍOCO Y sus facciones ¿son tan bellas?

LUQUETE Con sus ojos son hongos las estrellas.

NICANOR (Dentro.)

Hacia el monte guiad.

VOCES (Dentro.)

Por la ladera.

ANTÍOCO Mas ¿qué voces son estas?

LUQUETE Malo.

ANTÍOCO Espera;

¿si es acaso mi gente,  
que me busca?

LUQUETE No es, porque de enfrente  
viene el tropel que escucho;  
que aunque yo no lo veo, suena a mucho.

NICANOR (Dentro.)

Este abrigo tomemos hasta el día.

LUQUETE ¿Quién serán?

ANTÍOCO Que es la Reina he imaginado;  
pues si esta noche aquí llegar debía,  
y lo mismo que a mí les ha pasado,  
como el caso es testigo,  
fuerza es que tomen este mismo abrigo.

LUQUETE Tate, la Reina es.

ANTIOCO ¿De qué lo infieres?

LUQUETE Del mucho ruido que hacen las mujeres.

ANTÍOCO ¿En qué hacen ruido?  
LUQUETE Con sus pompas vanas,  
y por eso andan ya como campanas.  
NICANOR (Dentro.)  
Aquí puede apearse vuestra alteza.  
ANTÍOCO La Reina es.  
LUQUETE ¿Apearse una belleza?

## ESCENA II

LA REINA, NICANOR, FLORETA, DAMAS y CRIADOS, todos de camino.-Dichos.

NICANOR Aquí puede su alteza retirarse,  
hasta que el cielo llegue a serenarse  
de tanta tempestad.  
REINA ¡Qué obscura noche!  
LUQUETE Yo solo por el ruido he visto el coche.  
ANTÍOCO Aquí, aunque no le encuentre con la vista  
tiene ya vuestra alteza quien le asista  
REINA ¿Quién es?  
ANTÍOCO Quien, como hijo venturoso,  
de vuestra mano el triunfo generoso  
a vuestros pies espera. (Arrodillase.)  
REINA Quién sois dudo.  
LUQUETE ¿Manos y pies? Entrada de menudo.  
ANTÍOCO Antíoco soy, Señora.  
REINA Vuestra alteza.  
(Abrázale.)  
Llegue a mis brazos pues, y la extrañeza  
culpe a la obscuridad y al accidente;  
que haber sobrevenido de repente,  
A entrambos nos disculpa. ¿Cómo viene  
vuestra alteza?  
ANTÍOCO De hallaros deseoso,  
y de algún daño vuestro temeroso,  
con la noche.  
REINA Ya en vos asegurada,  
buena vengo, aunque de ella fatigada.  
ANTÍOCO El parabién le doy a mi deseo.  
LUQUETE Pues ha bebido el cura, venga arreo.  
REINA Y ¿quién sois vos?  
LUQUETE Quien por mayor indicio,  
en la taza del Rey tiene su oficio.  
REINA Pues ¿sois vos su copero?  
LUQUETE Yo por la falda tomo mi sombrero;  
que no soy yo valiente de la sopa,  
para andarle tomando por la copa.

REINA Pues ¿quién sois?

LUQUETE En su taza a mí me mete,  
porque es goloso, y bebe con luquete.

REINA. Yo os conoceré de aquí adelante.

LUQUETE Demonio sois, cúbrome al instante.

NICANOR Mientras a buscar vamos el camino,  
por ver si hay algún pueblo aquí vecino,  
en este seno, que este monte abriga,  
puede, con mas reparo a la fatiga  
del temporal estarse vuestra alteza.

(Vase con algunos criados.)

### ESCENA III

LA REINA, ANTÍOCO, FLORETA, LUQUETE, DAMAS, CRIADOS.

ANTÍOCO Haced la diligencia con presteza.

Y entre tanto que albergue más decente  
os deja prevenir este accidente.

Que la cavada gruta de estas peñas,  
allí os ofrecen sus confusas señas  
asiento.

REINA Si a los dos nos le permite,  
mi deseo, Señor, por vos le admite.

ANTÍOCO Ya los favores que espero  
de vos, Señora, recibo.

(Siéntanse los dos en unas peñas, y las damas en el suelo. Luquete topa con Floreta.)

LUQUETE Vámonos todos sentando.

FLORETA ¿Quién va?

LUQUETE Pregunte quedito.

(Ap. Sin duda es esta la gula;  
que tienta por los hocicos.)

¿Quién es usía?

FLORETA Más bajo.

LUQUETE ¿Mondonga?

FLORETA Más un poquito.

LUQUETE. ¿Cámara?

FLORETA. No gasto ayudas.

LUQUETE No hay en palacio otro oficio  
de damas. ¿Es sabandija  
de hacia enanos o negrillos?

FLORETA Soy el placer de la Reina.

LUQUETE ¿Dama placer? Tal no he visto.

FLORETA Digo que soy el placer.

LUQUETE. Te habrás acaso salido  
de un auto sacramental;  
pero, según lo que has dicho,

mi profesión confiriendo,  
conmigo frisas.

FLORETA No friso.

LUQUETE Pues ¿por qué?

FLORETA Porque yo tundo.

LUQUETE Conmigo ocioso es tu oficio,  
porque tengo poco pelo.

FLORETA Ya veo que eres raído.

LUQUETE Como capa de fidalgo.

Y dejando el apellido,  
¿cómo es tu gracia?

FLORETA Floreta.

LUQUETE ¿Cortada?

FLORETA Juguemos limpio;

¿y la tuya?

LUQUETE ¿Yo? Girada.

FLORETA Buena va la danza.

LUQUETE Envido

un poco de galanteo.

FLORETA Mi resto, y demos principio.

LUQUETE Pues tomémosle de asiento  
que yo he de quererte un siglo.

REINA Muy cuidadosa me traen  
de vuestro mal los avisos,

porque de melancolía  
pasa ya, según me han dicho.

ANTÍOCO Mi mal, Señora, es tristeza.

REINA Si tiene causa, es preciso,  
que ya no es melancolía.

ANTÍOCO Y cansa que en vuestro oído  
tiene librado el remedio.

REINA Pues seguro es vuestro alivio.

Decid: ¿en qué puedo yo  
lograr la dicha en que estimo  
el poder daros remedio?

ANTÍOCO Solo del silencio mío  
saldrán para vos mis penas,  
con confianza que os pido  
de que sea su sepulcro  
vuestro pecho.

REINA Yo lo fío.

(Hablan aparte.)

ANTÍOCO Pues ya que vos me mandáis  
lo que yo en vos solicito,  
oid, Señora, la causa.

REINA Ya mi atención apercibo.

ANTÍOCO El príncipe Arsenio, hermano

del Rey mi padre, y mi tío,  
compañero en sus victorias,  
fue de las armas caudillo.  
Murió glorioso, quedando,  
porque no tuvo más hijos,  
mi prima Astrea heredera  
de sus glorias y su brío.  
Viendo mi padre la deuda  
de la sangre, y los servirlos  
que en dilatar sus estados  
debió a hermano tan amigo,  
por cumplir la obligación  
de su hermano y de sí mismo,  
resolvió hacerla mi esposa  
a costa de mi martirio;  
no porque este casamiento  
fuese contra mi albedrío,  
porque yo la miré siempre  
sin adversión ni cariño;  
ni porque a mis ojos nunca  
tuviese en talle o estilo  
desproporción la hermosura  
o desaires el aliño.  
Ni sin amor la miraba,  
ni con él, que siempre ha habido  
en dos que se crían juntos,  
un linaje de cariño  
que, aunque es amar, no es querer;  
que en el querer es preciso  
que haya deseo, y amores  
sin deseo hay infinitos.  
Y este amor, que en el querer  
se hace del otro distinto,  
es hijo de admiración;  
porque cuantos han querido,  
es porque un sugeto vieron  
donde hallaron, por destino,  
una proporción igual  
a su genio y sus sentidos,  
que nunca vieron en otro,  
y esta admiración los hizo  
entregar la voluntad;  
mas dos que siempre se han visto,  
como incapaces están  
de esta admiración que digo,  
aunque se aman, no se quieren;  
que es efecto muy distinto

el querer con deseo  
o el amarse con cariño.  
Yo, pues, con mi prima Astrea  
en un estado indeciso,  
ni de amar ni aborrecer,  
bailé siempre mi albedrío,  
basta que un día a mi mano  
acaso un retrato vino,  
que guardó por su hermosura  
curioso un criado mío.  
Hallóle entre los despojos  
de una batalla perdido,  
de dueño ignorado, siendo  
también ignorado él mismo.  
Puso el pincel a mis ojos  
un rostro tan peregrino,  
que aunque cabe en mi memoria,  
no cabe en los labios míos.  
Desde que vi este retrato,  
aquel agrado indeciso  
que tenía con mi prima  
se trocó todo en desvío;  
porque, como la miraba  
como a estorbo de mi alivio,  
luego mi temor la puso  
la máscara de enemigo.  
De secreto mi cuidado  
varias diligencias hizo,  
remitiendo a varias partes  
la copia de este prodigio,  
por si acaso de su dueño  
los ojos o los oídos  
de los que andan varias tierras  
me pudiesen dar indicio;  
mas todas fueron en vano,  
y yo más inadvertido,  
que a un sol de sombras cubierto  
nadie pudo haberle visto,  
con quitarme la esperanza,  
llegué a perder el sentido.  
Cuanto perdí en la razón,  
creció mi amor en delirio:  
que es el amor como el árbol  
a quien quitan lo florido,  
y cortándole las ramas,  
fortalecen su principio.  
Tomaba el retrato a solas,

y hablando con él sin juicio,  
del no responderme ingrato  
le argüía en el delito.  
«Ojos hermosos, decía  
para matarme tan vivos,  
¿cómo no veis lo que lloro,  
si estáis mirando los míos?  
Si mi fineza os merece  
piedad, ¿por qué estáis esquivos?  
Si no veis, ¿por qué miráis?  
Si miráis, ¿cómo sois tibios?  
Háblame, hermoso milagro,  
que aunque sin alma te miro,  
la queme has quitado a mí  
puede servir este oficio.  
Con la vida que me quitas,  
ni tú vives ni yo vivo.  
Si mi vida no aprovechas,  
¿para qué has hecho el delito?  
Pero si yo te la he dado,  
culparte es ciego delirio,  
que no es en ti tiranía  
lo que es en mi sacrificio;  
mas si te la di agradece,  
y si te falta el sentido,  
háblame con este aliento  
que te estoy dando en suspiros;  
y si no puedes, ¿qué espero?  
¿Qué bien en ti solicito,  
si eres capaz de mi daño,  
e incapaz del beneficio?  
Pero el dolor de no hablarme  
me envuelves en un alivio,  
que aunque favor no me has hecho,  
tampoco me has ofendido.»  
Lo ignorado de mi mal  
despertó sus incentivos  
en el amor de mi padre,  
más temor de mi peligro  
y no hallando en mi dolencia  
más señas ni más indicios  
que de una melancolía  
interpuesta en parasismos,  
vieron que el mejor remedio  
era que el tiempo remiso  
hiciese en mi mal la cura,  
que suele hacer el olvido.

A un tiempo se suspendieron  
mis bodas y mi peligro,  
con que cesó la violencia,  
pero no el incendio mío.  
A este tiempo quiso el cielo,  
o mi ventura lo quiso,  
que lograrse el Rey mi padre  
el acierto de elegeros;  
y hasta llegar a su corte,  
para tan largo camino,  
el veniros a servir  
fió del cuidado mío.  
Viendome yo en esta dicha,  
y habiéndome ya traído  
vuestra fama la noticia  
del discurso peregrino  
que os ilustra, les di luego  
albricias a mis sentidos;  
porque luego me ofreció  
mi misma pena el arbitrio  
de daros yo parte de ella,  
pues vos podéis ser mi alivio.  
Mi dolor, Señora, es verme  
que estando como os he dicho,  
me manden dar a otro dueño  
lo que no tengo por mío;  
el alivio que yo espero  
de vuestro ingenio divino,  
es dilatarme esta muerte,  
que, aun temida, no resisto.  
Vuestros prudentes halagos,  
vuestros discretos cariños  
podrán solo con mi padre  
revocarme este peligro.  
Suspéndase mi desdicha,  
hasta que el cruel destino  
se temple en la tiranía  
de su violencia conmigo,  
o halle yo el dueño que adoro,  
o se enmiende mi delirio  
o se acabe la esperanza,  
o me remedie el olvido,  
o mi ceguedad conozca;  
y a no tener otro alivio,  
o muera yo de infeliz,  
que es el remedio más fijo.  
REINA Admirada os he escuchado,

y antes que os responda, os pido  
que me digáis el retrato  
dónde le tenéis.

ANTÍOCO Conmigo.

REINA Lo que admiración me mueve,  
no es el haberos rendido  
a amar una copia muda,  
cuando su sombra es preciso  
que os refiera a la memoria  
el sugeto peregrino  
que ella os está retratando;  
y ya en el mundo se ha visto  
amor tan ciego y tan loco,  
que bien a una estatua quiso,  
sin referirse a sugeto,  
siendo bárbaro delirio,  
pues contra naturaleza.  
Quiso bien a un mármol frío.  
Lo que me admira es que traiga  
vuestro corazón consigo  
el alimento del daño,  
cuando ignoráis el camino  
del remedio; porque acaso,  
pues no te habéis conocido,  
puede ser muerta esa dama,  
o casada, que es lo mismo;  
y en no prevenir el daño,  
igualáis desatino  
de querer bien a la estatua.  
Y ahora por respuesta os digo  
que en cuanto a vuestro temor,  
y solicitar su alivio,  
correrá tan por mi cuenta,  
que al ver que lo solicito,  
penséis que vuestros cuidados  
no son vuestros, sino míos;  
mas esto ha de ser haciendo  
vos una cosa que os pido.

ANTÍOCO ¿Qué, señora?

REINA Que me deis  
a mi el retrato, no digo  
para perderle, sino  
que en el depósito mío  
le tenga vuestra pasión,  
por no tener el peligro  
de fomentar vuestro daño  
tan cerca, que está en vos mismo.

ANTIOCO Un gran pesar me habéis hecho,  
y un gran favor.

REINA ¿Cómo ha sido?

ANTIOCO El pesar es el pedirme  
toda el alma con que vivo;  
y el favor es, que sea tanto  
lo que vos me habéis pedido,  
porque veáis la fineza  
con que siempre he de serviros.  
Esta, Señora, es mi vida.

(Dale el retrato.)

REINA Yo la fineza os estimo.

LUQUETE (A Floreta.)

Muy largo va aquel coloquio,  
y estoy por interrumpirlos,  
porque hablan mil necedades.

FLORETA Pues ¿sabes tú lo que han dicho?

LUQUETE Dice el Príncipe que el Rey  
su padre, como es tan rico,  
tiene sacado recado  
para cosa de treinta hijos;  
y la Reina dice que ella  
no trae tanto prevenido,  
porque no puede parir  
arriba de veinte y cinco,  
y lo están regateando.

#### ESCENA IV

NICANOR, CRIADOS; luego, VILLANOS, con teas encendidas. -Dichos.

NICANOR (Dentro.)

Por delante de aquel risco  
caminad.

(Levantánse todos.)

REINA ¿Qué ruido es este?

LUQUETE Como estamos retraídos  
aquí, vienen a prendernos.

Señores, ¡qué de ministros!

NICANOR (Sale con los criados.)

A la falda de este monte  
un pequeño pueblo he visto,  
de donde a guiaros vienen,  
ya de luces prevenidos,  
sus rústicos moradores.

LUQUETE Y ¿usted acaso ha sabido  
si habrá camas para todos?

NICANOR Solo está ya prevenido  
a sus altezas albergue,  
porque es de pocos vecinos.

LUQUETE Y ¿para nuestras bajezas,  
señor furriel?

NICANOR No le ha habido.

LUQUETE Pues yo he de dormir en cama,  
o echaré por esos trigos.

UNA VOZ (Dentro.)

¡Viva nuestra reina!

VOCES (Dentro)

¡Viva!

(Salen los villanos.)

NICANOR Hacia acá llegad, amigos.

VILLANO 1.º Viva su merced mil años.

VILLANO 2.º Eso, Pascual, es poquito;  
viva como mi mujer.

LUQUETE Bravas hachas han traído;  
¿son, pues, de la cofradía?

VILLANO 1.º No, Señor, que son de pino.

ANTÍOCO (Ap.)

¡Valgame el cielo! ¿Qué veo?

Mi muerte en la Reina he visto.

REINA (Ap.)

El Príncipe es muy galán;

mas, cielos, ¡qué es lo que miro!

Mi retrato es el que veo;

ya es más terrible el peligro.

Toda me ha cubierto un velo;

el Príncipe ha enmudecido,

y yo de verle también.

LUQUETE Señores, vamos camino.

¿Qué es esto? Acaso está aquí  
enterrado algún judío?

Oiga.

FLORETA El Príncipe y la Reina  
se han quedado suspendidos.

LUQUETE Son figuras de tapiz,  
que en la acción que están tejidos  
se quedaron para siempre.-

Ah Señor.

ANTÍOCO (Ap.)

Cielos divinos,

la Reina ha visto el retrato,

y ningún medio apercibo

para enmendar este yerro.

REINA (Ap. No mi turbación dé indicio

de las dudas en que estoy.)

Vamos, Señor.

ANTÍOCO Yo os suplico,  
señora...

REINA ¿Qué me pedís?

ANTÍOCO Yo, Señora, nada os pido,  
sino que a mí, porque vos...

REINA ¿Qué decís?

ANTÍOCO Ya ¿no lo he dicho?

REINA No os entiendo.

ANTÍOCO Yo tampoco.

REINA Pues ¿qué os turba?

ANTÍOCO Un yerro mío;  
que ahora, Señora, me acuerdo  
de que yo no había traído  
el retrato que os decía,  
porque le dejé escondido  
y ese que os di es uno vuestro  
que al ponerme yo en camino  
para venir a buscaros,  
me dio mi padre advertido  
para que yo os conociera;  
y así, Señora, os suplico  
que me lo volváis a mí.

REINA Pues si eso, Príncipe, ha sido,  
ya que os lo ha dado mi esposo,  
yo he de volvérselo a él mismo.

ANTÍOCO (Ap.)

Ya en mi mal no hay mas remedio  
que morir.

REINA ¿No entráis conmigo?

ANTÍOCO Sí, Señora; pero antes  
que no le volváis os pido  
ese retrato a mi padre.

REINA Pues ¿por qué?

Porque es preciso  
que en no guardarle parezca  
poca fineza de hijo.

REINA Antes esta es más fineza.

ANTÍOCO Pero es yerro repetido.

REINA Luego ¿habéis hecho otro yerro?

ANTÍOCO Sí, mas fue de mi destino.

REINA Y ¿en qué errasteis?

ANTÍOCO No lo sé.

REINA Vamos. Príncipe.

ANTÍOCO Ya os sigo.

REINA (Ap.)

¡Qué mal principio que llevo!  
ANTIÓCO (Ap.)  
¡A qué mal fin me encamino!

Sala del palacio de Seleuco.

ESCENA V

EL REY, ASTREA, ERASISTRATO, ACOMPAÑAMIENTO.

SELEUCO ¿Cómo el parabién, Astrea,  
no me das del bien que espero,  
pues si hay dicha que se crea,  
que he de ver hoy considero,  
cuanto el corazón desea?  
De mi esposa enamorado  
estoy por la celestial  
imagen que me ha enviado;  
mira, si esto hizo el traslade  
¿qué hará hoy el original?

ASTREA tu alteza goce, Señor,  
mil siglos de su belleza,  
que en mi continuo dolor  
de mi afligida tristeza  
ha ocasionado el error.

SELEUCO Pues ¿tú tristeza? ¿de qué?

ASTREA De que te haya escrito a ti  
el Príncipe, como sé,  
sin acordarse de mí,  
y sin hablarme se fue;  
de que su melancolía,  
como mi pena es testigo,  
pues en su rostro lo vía  
otra causa no tenía  
mas que el casarse conmigo.

Un desvío, gran Señor,  
cuando esta envuelto en recelos,  
no le disfraza el dolor;  
porque aunque es ciego el amor,  
también son lince los celos.

Yo, en efecto, he conocido  
que el Príncipe me aborrece;  
fuerza de mi estrella ha sido,  
que esta culpa no merece  
venganza, ni yo la pido;  
que aunque fuera obligación  
el quererme con lealtad

por la sangre y por la unión  
lo que es solo voluntad  
nunca nace de razón,  
cuando no hay oposición  
la razón hará su empleo,  
mas si falta inclinación,  
El que quiere por razón,  
quiere contra su deseo;  
y no es justo que yo entregue  
mi pecho a tan duros lazos,  
que cuando a pedirlos llegue,  
me dé la deuda los brazos  
y el corazón me los niegue.  
Esto es, Señor, lo que siento,  
y lo que es en la verdad,  
porque yo tener no intento,  
ni conmigo pensamiento,  
ni contigo voluntad.

SELEUCO Justa era tu queja ya,

a ser cierta tu sospecha;  
mas en todo errada va,  
que una voluntad está  
de imaginaciones hecha.

Yo sé que el Príncipe, Astrea,  
como yo, te quiere a ti;  
yo haré que tu esposo sea  
y porque tu amor lo crea,  
será cuando llegue aquí.

Y cree que yo no lo hiciera,  
a entender que ese desden  
tu gusto en algo ofendiera.

ASTREA Como eso me está tan bien,  
lo creo, mas no lo espera.

SELEUCO Esto hacen las voluntades,  
que aun yo, esperándolos hoy,  
sin recelar novedades,  
sé que han de venir, y estoy  
poniendo dificultades.

Tú, Erasistrato, que fuiste  
más sabio que la experiencia,  
pues sus efectos venciste  
y a Aristóteles bebiste  
el espíritu y la ciencia,  
y para más gloria mía,  
y aplauso de tu persona,  
le pedí a Alejandro un día  
que a truco de una corona

me diese tu compañía;  
pues de amor tanto alcanzaste,  
y de su llama amorosa  
tanto al ardor te entregaste,  
que una ciudad despreciaste  
por casarte con tu esposa,  
¿de qué tienes entendido  
que nace este temor necio,  
al deseo siempre unido?

ERASISTRATO Señor, de hacer mucho aprecio  
de aquello que se ha querido.

El efecto es natural:  
no habrá cosa que imagines,  
que no tenga fin igual,  
porque por inciertos fines  
todo en el mundo es mortal;  
y el que algún bien llega a amar,  
aunque le juzgue por cierto,  
siempre es fuerza que ha de estar  
temiendo aquel fin incierto,  
que se le puede quitar.

#### ESCENA VI.

LUQUETE.-Dichos.

LUQUETE Ya es forzoso que me debas  
albricias de este suceso.

SELEUCO Yo las mando.

LUQUETE Y ¿no más deso?  
También yo mando las nuevas.

SELEUCO Todos tu voz esperamos,  
di, que seguras están.

LUQUETE Bien sé yo que lo estarán;  
más tengamos y tengamos.

SELEUCO ¿No fías de mi persona?

LUQUETE No es abonada al entrego.

SELEUCO ¿Por qué?

LUQUETE Porque no eres lego.

SELEUCO ¿Cómo no?

LUQUETE Eres de corona.

SELEUCO ¿Soy escaso?

LUQUETE No dirán  
de Seleuco eso, aun por chiste,  
porque eres rey, y antes fuiste  
de Alejandro capitán;  
mas cuando eso a oírte llevo,

porque no dudes de mí,  
tengo de fiar de ti,  
aunque me lo pagues luego.  
La Reina, sí, por quién soy,  
por llegar presto a tu lado,  
desde ayer ha caminado  
casi una legua hasta hoy;  
y del gozo apresurada,  
para no perder la noche,  
la mitad vino en un coche,  
y la otra mitad sentada.  
A palacio en pompa ufana  
pienso que ya llegarán,  
si no es que aun no la han  
registrado en la aduana.

SELEUCO ¿Registrado?

LUQUETE ¿Es desatino?

Pues no es, Señor, demasiado;  
que anda con mucho cuidado  
el arrendador del, vino,

SELEUCO el Príncipe ¿cómo viene?

LUQUETE Callar quise esas noticias

basta empuñar las albricias,  
porque es la ¡jada que tiene.

SELEUCO ¿Qué dices?

LUQUETE Que viene aquí  
de su mal tan afligido,  
que ponerse no ha podido  
nunca a caballo.

SELEUCO ¡Ay de mí!

LUQUETE Mas él, Señor, no es muy lerdo,  
yo en mis discursos lo hallo;  
que no se ha puesto a caballo  
por no aventurar lo cuerdo.

SELEUCO ¿Tan malo está?

LUQUETE Es tan cruel  
su mal... Más déjolo a un lado,  
porque yo soy muy honrado,  
y no quiero hablar mal dél.

SELEUCO ¿Callar no era mas seguro?

Todo el placer me has borrado.

LUQUETE Como tú bebas aguado,  
te matará el placer puro.

ERASISTRATO Solo es mío este pesar,  
pues soy quien pierde el placer.

SELEUCO Tú, Erasistrato, has de ser  
quien esto ha de remediar,

porque no viviré yo,  
si el Príncipe a morir llega.  
LUQUETE ¿Al médico se te entrega?  
Pues el Príncipe voló.  
VOCES (Dentro.)  
¡Viva nuestra reina, viva!  
LUQUETE La Reina llega, Señor.  
SELEUCO Al lado de este dolor  
ya no hay gusto que reciba.

## ESCENA VII

LA REINA, ANTÍOCO, NICANOR, FLORETA, DAMAS. -Dichos.

ANTÍOCO (Ap.)  
¡Ay de mí! que a morir vengo,  
y ya es mi muerte precisa.  
SELEUCO Sea, Señora, vuestra alteza  
a mi pecho bien venida,  
para reinar vitoriosa  
en mi afecto más que en Siria.  
Déme su mano.  
REINA En mis brazos,  
señor, el alma reciba  
el parabién, que a mi suerte  
le debo dar de esta dicha.  
ANTÍOCO (Ap. ¡Cielos, yo estoy sin sentido!  
No es posible que reprima  
este dolor.) A tus pies,  
señor, la obediencia mía  
pide...  
SELEUCO Hijo, llega a mis brazos.  
¿Cómo vienes?  
ANTÍOCO A tu vista  
se ha rendido, gran Señor,  
todo el dolor que traía.  
SELEUCO ¡Qué buena nueva me has dado!  
Ya es entera la alegría  
que tengo en ver a mi esposa;  
que solamente tu vida  
me pudiera dar cuidado  
que me turbase esta dicha.  
Llegad, Señora, a sentaros  
donde, como esposa mía,  
a besar la mano os lleguen  
los que es fuerza que os asistan.  
REINA Esto es ley de mi destino;

aunque el alma lo resista,  
mi obligación lo obedece.  
(Ap. Fuera, locas fantasías;  
si os habéis de quedar  
en pensamientos y enigmas,  
desde aquí se lleve el viento  
lo que el solo viento anima.)  
(Siéntanse.)

SELEUCO Besad la mano a la Reina.

LUQUETE Ahora aquí se registran  
las necesidades caseras;  
si tenéis gana de risa,  
oid las que van diciendo  
los que las traen prevenidas.

ASTREA Yo la primera he de ser  
que obligación tan precisa  
cumpla a vuestras reales plantas.

SELEUCO Es Astrea, mi sobrina,  
y esposa ya de mi hijo.

REINA A ser yo capaz de envidia,  
os la pudiera tener.

(Ap. Mas, alma, ¿dónde caminas?

ANTÍOCO (Ap. Para esta acción solamente  
Le pido al cielo la vida.

Tiempo os sobraré, pesares;  
templad aquí la codicia.)

Tres veces la mano os beso  
primero por reina mía,  
a quien juro el vasallaje  
que mi lealtad acredita;  
otra por esposa y dueño  
de mi padre, en quien se cifra  
y la tercera es por ser...

Mas ¡ay de mí! en vano anima  
mi esfuerzo la voz, yo muero. -  
Señor, señor, mi desdicha  
me mata.

SELEUCO                   ¿Qué tienes, hijo?

(Cae el Príncipe.)

ANTÍOCO Morir; ya acabó mi vida.

SELEUCO Levantadle, acudid todos.

(Levántanle.)

ANTÍOCO Esta alma que sacrifica  
mi dolor a mi silencio,  
Ppdo solo que reciba  
Ll causa de mi dolor.

REINA ¿Quién habrá que la resista?

SELEUCO Hijo, Antíoco, ¿qué sientes?

ANTÍOCO Señor, el alma partida  
de un puñal, que agudo pasa  
el corazón.

SELEUCO Más no digas.

¡Ay de mí! ¡qué infeliz soy,  
pues la mayor alegría  
me turba el mayor pesar!

ERASISTRATO La mayor fuera la mía.

SELEUCO Erasistrato, ¿qué es esto?

LUQUETE Mira si es dolor de tripas;  
que yo diré unas palabras  
que aprendí...

FLORETA ¿Dónde?

LUQUETE En Esquivias.

ERASISTRATO Señor, todas las señales  
causas mortales indican.

LUQUETE Pues si suelta el judicante,  
no hay príncipe en cuatro días.

SELEUCO Señora, entre este pesar  
no caben las alegrías  
de vuestras bodas; y así,  
os suplico que a esta dicha  
permitáis la suspensión  
de esperar su mejoría,  
porque no me halléis mezcladas  
en lágrimas las caricias.

REINA Yo, Señor, sin albedrío  
estoy con vos y sin vida.

(Ap. ¿Cómo dura en mí este afecto?

Mas aunque más le reprima,  
lo que es mío es el decoro;  
que la inclinación no es mía.)

SELEUCO Venid pues a vuestro cuarto.-

Vosotros todos aprisa  
llevad al Príncipe al suyo.

ANTÍOCO (Ap.)

Muera en él mi fantasía...

REINA (Ap.)

Pare aquí mi pensamiento...

ANTÍOCO (Ap.)

Pues fue sin mi mal nacida.

REINA (Ap.)

Pues fue sin mí ocasionado.

ANTÍOCO (Ap.)

Y el silencio...

REINA (Ap.)

Y la fatiga...

ANTÍOCO (Ap.)

Me sepulte.

REINA (Ap.)

Me atormente.

ANTÍOCO (Ap.)

¡Qué cruel muerte!

REINA (Ap.)

¡Qué desdicha! (Vase.)

FLORETA ¿Qué mal es este, Luquete,  
que tiene el Príncipe?

LUQUETE Amiga,

yo presumo que está malo  
de hartarse de golosinas.

(Vanse.)

Jornada segunda

Habitación de Antíoco.

ESCENA PRIMERA

SELEUCO, LUQUETE, ACOMPAÑAMIENTO.

LUQUETE Señor, yo no he de asistir  
mas al Príncipe.

SELEUCO ¿Por qué?

LUQUETE Porque lo que gusto fue,  
ya no se puede sufrir.

SELEUCO ¿Qué dices? Pues cuando viste  
que el Príncipe se divierte  
con tus donaires, de suerte  
que por ti su mal resiste,  
¿faltar quieres, y en un mal  
que por puntos se empeora,  
y crítica es cualquier hora  
de su accidente mortal?

Nunca le faltes de aquí.

LUQUETE Gran cosa es ser menester;  
mas ¡qué infeliz ha de ser  
quien me ha menester a mil  
yo, Señor, no faltaría;  
mas harto ya de reír,

de estos médicos sufrir  
no puedo la bobería;  
porque yo, Señor, no sé  
dónde hay tanto desatino  
como dicen de contino.

SELEUCO ¿En qué?

LUQUETE Yo te lo diré.

Entran todos de consuno,  
y el pulso le van tomando;  
hoy las cejas arqueando  
se estuvo dos horas uno.  
A este, que mas se atribula,  
pregunté: «¿Qué hay?» Respondió:  
«No lo alcanzo;» y dije yo:  
«Pues pique mas a la mula.»  
Fruncióse y torció el hocico;  
y yo, para rematarle,  
dije: «¿Cómo ha de alcanzarle,  
si va tras él un borrico?»  
Otro llega, el pulso toca,  
y se arrasca de admirado.  
Y tras de haberse rascado,  
le mete el dedo en la boca.  
Otro a la orina se apresta,  
y a gestos interrumpido,  
miró y dijo: «No ha cocido.»  
Dije yo: «Es día de fiesta.»  
Y viendo su desatino,  
para otra vez que viniera,  
escondiendo la vasera,  
al orinal eché vino.  
Como el vino era real,  
de mosquitos se llenó;  
vino el juego y le pidió,  
y tomando el orinal,  
suspenso saliva traga,  
viendo en él tanto mosquito,  
y acordándose de Egipto,  
dijo: «Aqueste mal es plaga.»  
«Médico tan moscatel,  
dije yo, ¿á qué viene aquí,  
si esto ignora?» Y me bebí  
la plaga delante dél.  
Pero no es nada la orina  
con verlos hechos orates  
en junta; más disparates  
no dijo Juan de la Encina.

Júntanse todos, y luego  
sobre si el pulso indicó  
si hay fiebre en la arteria o no,  
se hacen pedazos en griego,  
lo que uno habla, otro trabuca,  
y cuando arde la opinión,  
otro empata la cuestión,  
con que todo lo bazuca.  
Crecen los gritos atroces,  
y cuando anda el morbo insano,  
otro, medio cirujano,  
se arrima al que da mas voces.  
Otro calla y da atención;  
otro no es contra ninguno,  
todo lo aprueba, y si alguno  
sale con una opinión,  
el dice, pese o no pese:  
«Yo soy de ese parecer;»  
Dice otro: «No puede ser;»  
Y él dice: «También soy de ese.»  
Y cuando por varios modos  
los cascos se están quebrando,  
el que no habla está callando  
más desatinos que todos.  
Y después que a troche y moche  
se han hartado de gritar,  
lo que resulta es mandar  
que no cene aquesta noche.  
Yo dije a gritos: «Señores,  
pues estar malo ¿es pecar?  
¿Sois, mandándole ayunar,  
médicos o confesores?»  
Vive el cielo, que si fías  
su mal de mí solamente,  
te he de dar sin accidente  
al Príncipe en cuatro días.  
Y si pretendes que él gane  
salud, ha de ser (si vienen)  
mandando que ellos no cen  
hasta que el Príncipe sane.  
SELEUCO Con la vulgar opinión  
los médicos tratas mal;  
cuando la causa es mortal,  
vanos los remedios son.  
Aunque más los culpes, ellos  
son el norte de la vida,  
y no hay en cualquier caída

más alivio que tenellos.  
Dudar fuera desatino  
que yerran como acontece;  
más también el que adolece  
Tiene el yerro por destino;  
y el médico más liviano,  
que ha estudiado esta doctrina,  
sabe más de medicina  
que el más docto cortesano:  
con que, yo llego a creer  
que mas daño ha de causar  
sin su consejo acertar,  
que errar por su parecer.

LUQUETE Que matan los más es cierto.

SELEUCO ¿De dónde se ha de inferir?

LUQUETE Pues ¡quién nos lo ha de decir,  
sino puede hablar el muerto?

Echa un bando a los que fueren  
muertos desde hoy sin herida,  
en que pena de la vida  
digan de lo que se mueren.

Mas él sale, y lo sabrás  
del proto-valiente aquí.

SELEUCO ¿Por qué le llamas así?

LUQUETE Porque es el que mata más.

## ESCENA II

ERASISTRATO. -Dichos.

SELEUCO ¿Qué hay, amigo? En mi dolor  
tu vista espera el deseo;  
que yo al Príncipe no veo  
por no inmontar mi temor.  
Dame alivio de algún modo;  
que mi vida solamente  
de tu voz está pendiente.

LUQUETE Y de su receta y todo.

ERASISTRATO Señor, todo mi desvelo  
a esta atención he aplicado,  
y lo que halla mi cuidado  
es consuelo y no es consuelo.

SELEUCO ¿Cómo es posible?

LUQUETE Dirélo.

El llegar uno a enterrar  
su mujer sin heredar  
es consuelo y no es consuelo.

ERASISTRATO El Príncipe no ha tenido  
corporal enfermedad.

LUQUETE Eso, Señor, es verdad;  
yo a los médicos he oído  
hablar del mal que tenía,  
y decían: «hernia, insania,  
crisis, pleura, pericarnia,  
vulva, hipocondrio, mania;  
y después he reparado  
que son nombres de demonios,  
que son ciertos testimonios  
de que él está endemoniado.

ERASISTRATO Lo que el Príncipe padece  
no es de causa material,  
pasión del alma inmortal  
es el mal de que adolece.  
Conocida su querella,  
remedio tendrá el dolor;  
más no es posible, Señor,  
remediarla sin sabella.

SELEUCO Pues ¿qué cosa habrá a su mano  
difícil o inaccesible?

ERASISTRATO Algún antojo imposible  
o algún deseo  
con mil ejemplos tropiezo  
de historia.

LUQUETE Es cosa asentada;  
¿no se antojó a una preñada  
morder a un fraile el pescuezo?

ERASISTRATO Discurrir en confusión  
es aumentar los temores,  
y diremos mil errores,  
sin más cierta información.

Yo, Señor, he prevenido  
un medio para saber  
la pasión que puede ser.

SELEUCO Erasistrato, tú has sido  
de quien mi vida he fiado,  
y de quien ahora fío  
el alma, el aliento mío,  
que es mi hijo. Enamorado  
de mi esposa estoy de suerte,  
que siempre es más mi afición  
porque con la privación  
se hace esta pasión más fuerte.  
El mal del Príncipe es quién  
del logro de amor me priva;

si tú dispones que él viva,  
me das lo que quiero bien.  
Que a los dos cura tu mano  
tu misma gloria te acuerde:  
a él de la pena que pierde,  
y a mí del gusto que gano.  
ERASISTRATO El Príncipe viene aquí.  
SELEUCO Pues ¿cómo se ha levantado?  
ERASISTRATO Yo, Señor, se lo he ordenado.  
SELEUCO Yo salgo tanto de mí  
oyendo su triste queja,  
que aquí no me atrevo a estar;  
cuida tú de mi pesar,  
que en él mi vida te deja.  
(Vase con el acompañamiento.)

### ESCENA III

ANTÍOCO, que viene apoyado en criado, músicos. -ERASISTRATO, LUQUETE.

ANTÍOCO (Ap.)  
¡Ay injusto y triste amor!  
ERASISTRATO ¿Cómo os va, Señor, de pena?  
ANTÍOCO De mí mismo me enajena.  
LUQUETE Es que te vende el doctor.  
ANTÍOCO No cantéis; todo me aflige.  
¡Ay corazón! ¿dónde vas?  
ERASISTRATO La música es lo que más  
aquesta pasión corrige;  
y así, Señor, os conviene  
oír cantar. (Ap. Este ha de ser  
el medio para saber  
qué pasión es la que tiene.)  
ANTÍOCO No cantan tono ninguno  
que divierta mi dolor.  
ERASISTRATO Pues variarlos, Señor,  
hasta que gustéis de alguno.  
LUQUETE Eso en la elección consiste;  
si le queréis alegrar,  
cantad...  
UN MÚSICO ¿Qué hemos de cantar?  
LUQUETE Un zarambeque muy triste.  
ERASISTRATO Entre una y otra canción  
el Príncipe escogerá  
la que más gusto le da.  
Vaya algo de devoción.  
MÚSICA Venid, pastores de Nares,

a mirar de Francelisa  
dos soles, que con sus luces  
amanece alegre el día.

ANTÍOCO No es bueno eso, no prosigas.

LUQUETE Y tiene razón, señores,  
¿qué han de venir los Pastores,  
que están allá haciendo migas?  
Tanto pastor, ya es cansado.

ANTÍOCO Ni yo con ellos me alegro.

LUQUETE Suelten un tonillo negro,  
que aquesse tono es bragado.

ERASISTRATO ¿Qué es lo que mejor os suena?

ANTÍOCO Ninguna letra han cantado  
de un amor desesperado.

ERASISTRATO (Ap.)

Sin duda es de amor su pena.

LUQUETE Felisardo y yo sabemos  
una letra de esa suerte.

ANTÍOCO Dila pues.

ERASISTRATO (Ap.)

Indicio es fuerte.

LUQUETE Entre los dos la diremos.

MÚSICA Corazón osado mío,  
ya no sé qué hacer con vos,  
que vos queréis que yo quiera,  
y no quiero querer yo.

ANTÍOCO Corazón osado mío,  
yo no sé qué hacer con vos,  
pues siendo uno, somos dos  
entre vos y mi albedrío.

Yo del riesgo me desvíó,  
y vuestra violencia no;  
si la esperanza faltó,  
querer que os siga es quimera,  
que vos queréis que yo quiera,  
y no quiero querer yo,  
bien dice, proseguid pues.

ERASISTRATO (Ap.)

Efecto de amor ha sido,  
de quien su mal ha nacido;  
ya la cara fácil es.

MÚSICA Conociendo el riesgo mío,  
me ponéis en el mayor;  
pues ¿qué fiaré del ajeno,  
si hallo infiel mi corazón?

ANTÍOCO Conociendo el riesgo mío,  
me ponéis en el mayor,

pues me lleváis a un amor,  
de quien mi muerte aún no fío;  
si no muero del desvío,  
me ha de matar la razón,  
y queréis que mi pasión  
se precipite sin freno;  
pues ¿qué fiaré del ajeno  
si hallo infiel mi corazón?

ERASISTRATO ¿Os divierte?

ANTÍOCO En otra lid  
más pena al discurso dan.

ERASISTRATO Pues de cantar dejarán.

ANTÍOCO No lo dejéis, proseguid.

MÚSICA Entre callar yo mi pena,  
o publicar mi dolor,  
si la callo, no hay remedio,  
si la digo, no hay perdón.

ANTÍOCO Entre callar yo mi pena

o publicar mi dolor,  
da dos sentencias amor,  
que una y otra me condena:  
el decirla me enajena  
de mi misma obligación;  
callar es muerte y razón;  
con que entre el daño y el medio,  
si la callo no hay remedio,  
si la digo no hay perdón.

Pues ¿qué haré? Hablar y callar  
ni es remedio ni es posible.

¡Oh mal tan fiero y terrible,  
que alivia el desesperar!

Dejadme, dejadme estar  
padeciendo este rigor;  
si el alivio hace mayor  
el mal que no tiene medio,  
no me deis ningún remedio,  
que mejor me está el dolor.

ERASISTRATO (Ap. Sin duda está enamorado  
de algún esquivo desdén.

Saber a quiere bien  
falta solo a mi cuidado;  
una industria he discurrido,  
con que saberlo es forzoso.)

Señor, en mal tan penoso...

ANTÍOCO Que no me habléis más os pido;  
de a time pues de afligir,  
que aunque a morir me condena,

yo sé que mi mal no tiene  
más remedio que morir.  
Dejadme a solas aquí.  
ERASISTRATO Ya me voy.  
(Vase con los músicos.)

#### ESCENA IV

ANTÍOCO, LUQUETE.

LUQUETE                      Fuerza será,  
pues en tu cuarto entra ya  
la Reina a verte.

ANTÍOCO                      ¡Ay de mí!

LUQUETE Con tan buena compañía  
el dejarte no recelo.

ANTÍOCO ¿La Reina? ¡Válgame el cielo!

¿Quién dijiste que venía?

LUQUETE La Reina.

ANTÍOCO (Ap.)

Mortal estoy;

su nombre asombro me da.

LUQUETE Y en tu cuarto ha entrado ya.

ANTÍOCO ¿Quién dices que entra?

LUQUETE                      Ya voy.

La Reina, Señor. ¿Hay tal?

ANTÍOCO No oí.

LUQUETE                      Por eso hablo yo gordo.

Vive el cielo, que estás sordo,

y no te entienden el mal.

ANTIOCO (Ap.)

Todo me ha cubierto un hielo;

ni aun de mi valor me frío.

LUQUETE ¿Qué es eso? ¿Te ha dado frío?

ANTÍOCO Sí, que es el frío recelo.

LUQUETE Pues ¿te da?

ANTÍOCO                      Cada mañana.

LUQUETE ¿Qué es lo que dices? Señores,

¡que haya en el mundo doctores

que ignoren esta terciana!

ANTÍOCO Véte.

LUQUETE                      Al rey voy a decillo.

¡Que hayan dudado sanarle!

Vive Dios, que he de curarle

yo con unguento amarillo. (Vase.)

#### ESCENA V

ANTÍOCO; luego, LA REINA y ASTREA.

ANTÍOCO El cielo me ha de valer,  
porque mi ardor no se vea.

(Salen la Reina y Astrea.)

REINA ¿Qué es lo que dices, Astrea?

ASTREA Que recelo entrarle a ver,  
porque siempre que le veo,  
de verme se aflige más.

REINA Tú te lo presumirás.

ANTÍOCO (Ap.)

Detente, injusto deseo.

REINA ¿Príncipe?

ANTÍOCO ¿Señora mía?

Déme a besar vuestra alteza  
a mí, que a sus pies... (Ap. Turbada  
el alma tengo y la lengua.)

REINA Los brazos, Señor, os debo.

ANTÍOCO La mano os pedí, que en ella...

(Ap. Yo no sé lo que me digo.)

REINA ¿Qué decís?

ANTÍOCO (Ap Todas mis venas  
discurre un hielo. ¡Ay de mí!

¿Cómo la misma belleza,  
que estando ausente me abrasa,  
con su presencia me hiela?)

Digo, Señora, que os debo...

(Cáesele el sombrero.)

REINA ¿Qué me debéis?

ANTÍOCO La obediencia,  
que a vuestros pies sacrifico.

REINA Y ¿es el sombrero la ofrenda?

ANTÍOCO Pensé que era el corazón.

REINA ¿Tan poca es la diferencia?

ANTÍOCO Está del mismo color.

REINA Alzadle pues.

ANTÍOCO Mucho pesa  
lo que cayó a vuestros pies.

(Alza el sombrero y deja caer los guantes.)

REINA Mirad que los guantes deja  
vuestro descuido en el suelo.

ANTÍOCO Por más, Señora, que quiera  
recoger las prendas yo,

que a vuestros pies tengo puestas,  
habrá siempre otras en ellos.

REINA Recoged, Príncipe, aquestas,

puesto que ahora no hay otras.  
ANTÍOCO Yo soy quien decir pudiera,  
mejor que vos, que no hay otras,  
pues soy quien está sin ellas.

REINA (Ap. Mal hice en entrarte i ver  
acompañada de Astrea,  
que está el Príncipe muy ciego,  
sino es que lo esté más ella;  
mas así he de remediarlo.)

En vano dices, Astrea,  
que el Príncipe no te quiere,  
pues le turba tu presencia.

ASTREA Lo que le turba, Señora,  
no es amor, sino violencia,  
que en su pecho hacen mis ojos;  
que si amor, Señora, fuera,  
ya hubiera hablado conmigo.  
Más sea amor o no sea,  
el agravio del desvío  
sobra ya para la queja;  
y porque a mi sentimiento  
no ocasione mas ofensas  
mi imaginación injusta,  
ya que decís que lo es esta,  
el mejor remedio es irme;  
guarde Dios a vuestra alteza. (Vase.)

## ESCENA VI

LA REINA, ANTÍOCO.

ANTÍOCO Pues ¿por qué se va mi prima?

REINA Porque reparó discreta  
en que no la habéis hablado.

ANTÍOCO Esta es la dicha primera,  
que he logrado por callar.

REINA Luego ¿el callar os condena?

ANTÍOCO A la muerte me parezco.

REINA ¿Qué muerte, Príncipe, es esa?

ANTÍOCO Es una muerte, Señora,  
que cuando de mí se aleja,  
aquella vida que paso  
es otra muerte más fiera.

REINA (Ap. Aunque va el Príncipe sabe  
que yo sé su mal, no sepa  
que yo le quiero saber,  
y aunque el corazón lo siente,

disimule mi decoro  
contra mi naturaleza)  
príncipe, si vuestro mal  
tan sin remedio os molesta  
vos os morís de rendido,  
sin dar parte a la defensa;  
no gaste todo en sentirle  
quien ningún alivio espera;  
lo que le da al sentimiento  
déselo a la resistencia.  
Vos decís que padecéis  
la pena menor; tenedla,  
que el temor de la que es más,  
puede ser alivio de esa.  
El que pone al golpe el brazo  
por defensa, se contenta  
con dar el brazo al peligro,  
por no arriesgar la cabeza;  
si vos os veis defendido  
de pena mayor con esta,  
sufrid la helida del brazo,  
pues os logra una defensa.  
Sufrid, Príncipe, sufrid;  
que yo... (Ap. Más tened, violencias.)

ANTÍOCO Vos, Señora, que sabéis  
de qué linaje es mi pena;  
vos, que tenéis conocida,  
como yo, la causa de ella,  
¿tan cuerda me persuadís  
que la sufra y que la venza?  
¿Es posible que os parece  
tan fácil la resistencia?

REINA Yo, Príncipe, no he tenido  
de vuestro dolor más señas  
de lo que vos me habéis dicho.

ANTÍOCO ¿También, Señora, me niega  
vuestro rigor ese alivio?  
¿Tun atrevida es mi queja,  
que ese castigo merece?  
¿No me veis morir con ella?  
No me veis callar mi mal,  
sin que otro alivio pretenda?  
El morir de mi silencio  
¿Es tan inútil fineza,  
que no os merece que ahora  
vuestra piedad me dijera:  
«Príncipe, si vuestras ansias

son hijas de vuestra estrella,  
yo no soy quien la hizo injusta,  
la mía os ha sido adversa.  
Lo que ha dispuesto el destino,  
no lo hizo la diligencia;  
yo veo que os morís,  
ya lo conozco y me pesa  
de no poder socorremos  
cuando os miro en la tormenta.  
Esta es ley de mi decoro,  
ni os puedo aliviar por ella,  
si aún licencia me permite  
de agradeceros la pena.  
Sufrid pues y resistírla,  
ya que así el cielo lo ordena;  
y si es consuelo, tomad  
el del pesar que me queda»?  
¿Qué costa a vuestro decoro  
este alivio le tuviera?  
Perdería algún blasón,  
por piadoso, la entereza?  
El alma, por compasiva,  
¿dejarla de ser vuestra?  
No os hiciera más divina,  
a mí más feliz me hiciera?  
Mas si mi dolor no os mueve,  
mal vuestro rigor lo acierta;  
decid que ignoráis la causa;  
que así mi vida se abrevia.  
REINA (Ap. Tiene razón. Más ¿que digo?  
¡Ay alma, que te despeñas!)  
Príncipe, con ese alivio,  
¿qué en vuestro mal se remedia?  
ANTÍOCO Lograrle ahora y vivir  
aquel rato que le oyera.  
REINA Y ¿después?  
ANTÍOCO Penar callando.  
REINA Luego ¿no lo es?  
ANTÍOCO Sí, mas cesa.  
REINA Pues ¿de qué sirve?  
ANTÍOCO De alivio.  
REINA ¿Para qué?  
ANTÍOCO Para que muera.  
REINA ¿No lo excusará el aliento?  
ANTÍOCO No, porque es poca defensa.  
REINA Y ¿cuál bastará?  
ANTÍOCO Ninguna.

REINA Luego ¿era en vano?  
ANTÍOCO No fuera.  
REINA ¿Por qué?  
ANTÍOCO Porque consolara.  
REINA ¿Consuelo y morir?  
ANTÍOCO Es fuerza.  
REINA Pues ¿quién os mata?  
ANTÍOCO El dolor.  
REINA Y en eso...  
ANTÍOCO No hay resistencia.  
REINA ¿Puedo yo estorbarlo?  
ANTÍOCO No.  
REINA ¿Y vos?  
ANTÍOCO Yo no me atreviera.  
REINA Y ¿quién lo podrá?  
ANTÍOCO La muerte.  
REINA Pues ¿qué remedio?  
ANTÍOCO Paciencia.  
REINA Callad, Príncipe, callad;  
que al escuchar vuestra pena,  
me obliga... (Ap. Mas yo no sé  
lo que digo, y dar es fuerza  
con la nave en un escollo,  
si no recojo las velas.)  
Príncipe, adiós.  
ANTÍOCO ¿Qué decís?  
¿Así, Señora, me deja  
vuestro rigor?  
REINA Es preciso.  
ANTÍOCO ¿Por qué?  
REINA Porque estoy muy cerca...  
ANTÍOCO ¿De qué?  
REINA De mayor peligro.  
ANTÍOCO Pues ¿qué en mi alivio se arriesga?  
REINA El cazador con industria,  
para coger sin defensa  
a los simples pajarillos,  
finge un árbol, y te llena  
de la liga que los prende;  
luego otros pájaros lleva,  
que allí junto están cantando.  
Los que descuidados vuelan  
oyen la voz conocida,  
y al tierno silbo se acercan,  
pensando hallar compañía,  
y en triste prisión se quedan.  
Vos; sois como el cazador,

que el árbol de la fineza  
tenéis lleno de la liga  
de amor, que las almas ciega.  
Lleváis el llanto, el suspiro,  
el dolor y la tristeza,  
que son tan dulces reclamos,  
que llamarán a las piedras.  
Yo soy la simple avecilla,  
que ignorando la cautela,  
oigo su voz, muevo el vuelo,  
y ellos tristes se lamentan.  
Yo los escucho piadosa,  
ellos repiten la queja;  
yo me acerco enternecida,  
vos aviváis su querella;  
yo voy a daros alivio,  
vuestro corazón me empeña:  
yo ignoro el riesgo, él me llama;  
yo me abato, él se lamenta;  
yo le escucho, él me enternece;  
yo me detengo, él se queja:  
yo en efecto me despeño.  
Pues para que no se pierda,  
lo que por perderse falta,  
si hay algo que yo no sepa,  
no hay más remedio que huir,  
porque cuando yo esté presa,  
ni vuestro dolor alivio,  
ni en mi decoro hay enmienda. (Vase.)

## ESCENA VII

ANTÍOCO; después, SELEUCO, ERASISTRATO y LUQUETE.

ANTÍOCO Oid, aguardad, Señora.  
¿Así os vais? Así me dejan  
vuestros injustos rigores?  
¡Ay de mí! Ya titubea  
la fábrica de la vida.  
Lo que alentó su presencia  
es ya rendido desmayo;  
¿no aguardarás, porque vieras  
que, pues sin ti muero, es cierto  
que tú la vida me llevas?  
¡Hola, criados, amigos!  
¡Ay de mí!  
(Salen Seleuco, Erasistrato y Luquete.)

SELEUCO Acudid apriesa,  
que llama el Príncipe. -¡Hijo!  
ERASISTRATO Señor, ¿qué voces son estas?  
ANTÍOCO Morir, Señor; yo me muero.  
SELEUCO No te rindas a la pena,  
hijo, que aún no es tan mortal.  
LUQUETE Señor, que es terciana aquesta,  
y el mal no le han entendido.  
ERASISTRATO ¿Qué dices, necio? ¿Qué piensas?  
LUQUETE Viven los cielos, que estaba  
con un frío, no ha hora y media,  
como un brasero sin lumbre.  
ERASISTRATO Eso en el pulso se viera;  
este es un mal interior,  
que a la indicación se niega.  
LUQUETE Pues eso será, que luego  
le quieren salir viruelas.  
(Hablan aparte Erasistrato y Seleuco.)  
SELEUCO Erasistrato, si es cierto  
lo que dices que sospechas,  
yo he mandado que a palacio  
hoy todas las damas vengan,  
que pueden ser en la corte  
asunto de su tristeza.  
Para que él las vea todas.  
ERASISTRATO Señor, con esa cautela  
se ha de conocer sin duda  
la que tal dolor le cuesta,  
porque él está enamorado.  
SELEUCO Pues ¿cómo saberlo esperas?  
ERASISTRATO Todas han de ir una a una  
pasando por su presencia,  
y si es amor, y es de alguna  
de las que pasan, es fuerza  
conocer en su semblante  
la causa de su dolencia,  
y cual mueve su cuidado.  
SELEUCO Solo tu ingenio pudiera  
hallar, para conocerlo,  
tan peregrina agudeza.  
Más el Príncipe, ¿es posible  
que amor tan difícil tenga,  
que no pueda conseguirle? -  
Hijo mío, considera  
que en tu amor está mi vida,  
de tus alientos compuesta,  
y que no habrá medio alguno



porque todos sus afectos  
no reprima en mi presencia.)  
Ea pues, tú te divierte,  
que yo, por forzosa deuda  
de mi oficio, a asistir voy  
al despacho. que me espera.  
(Vase con Nicanor.)

## ESCENA IX

ANTÍOCO, ERASISTRATO, LUQUETE; luego, LOS MÚSICOS, LAS DAMAS y LA REINA; estas con sombreros de sarao.

LUQUETE Ya vienen las damas todas;  
¡qué lucida primavera  
parecen! Y juntas son  
como banasta de peras,  
que echa el hombre el ojo a una,  
y luego ve otra mas bella,  
y tras ella otra mejor,  
con que suspenso se queda,  
sin saber cuál escoger  
entre una y otra belleza;  
pero también hay algunas  
que parecen berengenas.

ANTÍOCO ¿Salen, Luquete?

LUQUETE Ya salen,  
ya los músicos comienzan;  
todas pasan por aquí  
para ir a tomar la vuelta.

ERASISTRATO ¿Cómo os sentís, gran Señor?

ANTÍOCO Esta esperanza me alegra.

(Pasan las damas, precedidas de los músicos, y hacen una reverencia a Antíoco. La Reina sale y pasa la postrera.)

MÚSICA Al empeño de amor más lucido  
sus flechas apresta la aljaba de amor,  
y por verse en su esfera, le envían  
sus luces el alba, sus rayos el sol.

(Sobresáltase el Príncipe al ver a la Reina.)

ANTÍOCO (Ap.)

¡Válgame Dios! ¿qué veo?  
Toda el alma turbada,  
me cubre un mortal hielo.

ERASISTRATO (Ap.)

Ya está aquesta pasión averiguada;  
¡qué empeño tan cruel, válgame el cielo!  
(Llega la Reina a hacer la reverencia, y el Príncipe se levanta arrebatado.)

ANTÍOCO (Ap. ¡Peregrina belleza!)  
Señora, ¿qué me manda vuestra alteza?

REINA Yo Señor, festejaros,  
y a eso voy.

(Vase detrás de las damas.)

ANTÍOCO (Ap. ¡Ay de mí! Vanos reparos  
son cuantos me previene mi silencio,  
pues yo mismo a mi muerte me sentencio.)  
Dejadme ir a morir, que ya no quiero  
alivio; de mi vida desespero;  
no quiero vida en penas tan crueles.

## ESCENA X

SELEUCO. -ERASISTRATO, ANTÍOCO, LUQUETE.

(Hablan aparte Antíoco y Erasistrato.)

SELEUCO ¿Qué es esto?

ERASISTRATO Ya está el daño conocido.

SELEUCO ¿Qué decís?

ERASISTRATO Sí, Señor, ya lo he sabido;  
quedemos solos.

SELEUCO (A su hijo.)

Príncipe, ¿qué tienes?

ANTÍOCO Trocarse ya los males en los bienes,  
Porque ya, de vivir desesperado,  
saber que he de morir me ha consolado.  
Yo me voy a morir; solo te pido  
que me dejes morir, compadecido  
de la vida que paso.

LUQUETE Eso es matarte.

SELEUCO Hijo, véte a tu cuarto a sosegartes;  
que eso es aprieto de melancolía,  
y yo volverla espero en alegría. -  
Ve con él. (A Luquete.)

ANTÍOCO Ya perdí la confianza,  
solo en mi muerte llevo la esperanza.  
(Vaso con Luquete.)

## ESCENA XI

SELEUCO, ERASISTRATO.

SELEUCO Ya, amigo, que estamos solos,  
no dilates el consuelo  
de tu aviso; que mi vida  
pendiente esta de tu aliento.

ERASISTRATO Lo peor, gran Señor, es  
que dilatarlo no puedo.  
SELEUCO Pues ¿por qué?  
ERASISTRATO Porque este mal  
no tiene ningún consuelo.  
SELEUCO Erasistrato, ¿qué dices?  
ERASISTRATO Que el mal del Príncipe es cierto  
que es amor; pero, Señor,  
es un amor sin remedio.  
SELEUCO ¿Amor sin remedio?  
ERASISTRATO Sí.  
SELEUCO Pues ¿cómo puede ser eso?  
ERASISTRATO Porque es amor imposible.  
SELEUCO ¿Es inhumano el sugeto?  
ERASISTRATO No es inhumano, Señor.  
SELEUCO Pues si es humano, en mi reino  
¿qué imposible puede haber,  
que no lo rinda mi imperio?  
ERASISTRATO No lo defiende el poder;  
que eso, Señor, fuera menos.  
SELEUCO Pues di quién.  
ERASISTRATO La voluntad.  
SELEUCO Voluntad que a tal intento  
pueda resistir ¿cuál es?  
Amigo, dímelo luego,  
y no en taza tan penada  
me estés dando este veneno.  
ERASISTRATO Creed, Señor, que el callarle,  
Sin duda es decoro vuestro;  
y cuando yo no os lo he dicho,  
y la respuesta rodeo,  
entended que os está bien  
gran Señor, el no saberlo.  
SELEUCO (Ap. ¡Válgame el cielo! ¿Qué escucho?  
Ya de preguntarlo tiemblo.  
¡Amor imposible, y tal,  
que el callarte es mi respeto,  
y que me está bien dudar!  
¡Con qué de dudas peleo!  
¡Qué de recelos me asustan!  
Llegar a saberlo temo;  
mas ¿por qué lo he de temer,  
si está cometido el yerro?  
¿Dejará de ser error  
porque lo ignore mi pecho?  
Y caso que sea muy grave,  
¿qué mayor daño recelo



el haberme yo fiado  
de ti bastaba a vencerlo.  
La confianza me agravias,  
hijo traidor, torpe y ciego;  
mas que como hijo, de ti  
como de amigo me ofendo.  
¡Ah villano! Más pedazos  
te he de hacer, viven los cielos,  
que tiene infamias tu culpa,  
que tiene átomos el viento.  
Más cielos, ¿qué es lo que digo?  
¿A mi hijo Y ¿A quién yo tengo  
para mi segunda vida,  
por alma de mis alientos?  
¿Yo a mi hijo he de matar?  
Aunque hay hijos que lo han hecho  
con sus padres, padre a hijo,  
no pienso que hay tal ejemplo.  
¿Yo he de estrenar el delito?  
Más en tan torpe suceso  
no mata el padre a su hijo,  
sino un enemigo fiero;  
pues muera el traidor mil veces. -  
Nombre, véte, véte luego,  
no en ti mis iras comiencen  
el castigo más sangriento  
que han de haber visto los siglos;  
véte de aquí.

ERASISTRATO Ya te deajo.  
SELEUCO Has, oye, aguarda.  
ERASISTRATO ¿Qué mandas?  
SELEUCO Lo que me dices ¿es cierto?  
ERASISTRATO ¿Yo, Señor, he de engañarte?  
SELEUCO ¿En qué lo has visto?  
ERASISTRATO En su incendio.  
SELEUCO ¿Cómo lo viste?  
ERASISTRATO En sus ansias.  
SELEUCO ¿Quién te las mostró?  
ERASISTRATO El efecto.  
SELEUCO ¿De qué?  
ERASISTRATO De su mismo ardor.  
SELEUCO Y ¿adora...  
ERASISTRATO Su mal es eso.  
SELEUCO ¿A la Reina?  
ERASISTRATO Sí, Señor.  
SELEUCO ¿No hay duda?  
ERASISTRATO Pluguiera al cielo.

SELEUCO ¿Que no hay remedio en el daño?

ERASISTRATO No le hallo.

SELEUCO                   Pues véte luego;  
que hoy ha de morir el uno  
entre Antíoco y Seleuco.

Jornada tercera

Sala del palacio.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA, FLORETA.

REINA Si yo no me entiendo a mí,  
en vano entenderme quieres.

FLORETA Señora, hay en las mujeres  
un secreto para sí.

Y este ninguna le ignora,  
y yo algo de él en ti he visto.

REINA Pues del dolor que resisto,  
¿qué es lo que piensas ahora?

FLORETA Por ese cuidado lacio  
que traen tus melancolías.

Ha ya más de quince días  
que no hay merienda en palacio.

Las damas viendo este error,  
que en ellas es sin igual,

andan pensando en tu mal.

REINA Y ¿qué piensan?

FLORETA                   Que es amo;  
porque no hay cosa criada,  
que haya podido quitar  
a una dama el merendar,  
sino estar enamorada.

REINA ¡Qué desatinado error!

FLORETA ¿Eso responde ahora?

Pues ¿tú no tienes, Señora,  
a quién tener justo amor?

REINA Y cuando sea mi esposo,  
como es cierto, ¿te parece

que a mí ese amor me entristece?

FLORETA Pues, Señora, ¿no es forzoso?

REINA ¿Por qué?

FLORETA ¿No es claro el indicio?

Porque basta aquí tu persona  
es como llave capona,  
esposa sin ejercicio.

REINA Cuando a mí me quiera hacer  
mujer común tu porfía,  
mi pena es melancolía,  
que aún yo no puedo entender.

FLORETA Señora, pues siendo tal,  
¿su mal te ha pegado a ti  
el Príncipe?

REINA (Ap.)

Ahora sí  
que has conocido mi mal.  
¡Ay de mí! Que en tal pesar  
mi pecho se llega a ver,  
que es delito el padecer,  
y no me puedo quejar.

## ESCENA II

LUQUETE. -Dichas.

LUQUETE ¡Dios mío, qué gran descoco!  
¿Qué es eso?

LUQUETE Te admirará.  
Señora, el Príncipe está  
en todo su juicio loco.

REINA ¿Qué dices?

LUQUETE Lo que refiero.

REINA ¿Perdió el sentido?

LUQUETE Burlando.

REINA ¿Cómo lo perdió?

LUQUETE Jugando.

REINA Y ¿con quién?

LUQUETE Con un fullero.

REINA ¿Burlaste?

LUQUETE El daño no ignores,  
que contigo le ha perdido,  
porque tú el fullero has sido,  
que le has ganado con flores.

REINA ¿Yo?

LUQUETE Y ¿deso te maravillas?

REINA ¿Qué flores?

LUQUETE Las que él no toca:  
los claveles de tu boca,

las rosas de tus mejillas.  
Vióte el Príncipe primero,  
y amor diciendo: -«Aquí encaja  
bien el juego», una baraja  
plantó, como garitero.  
Fue el juego al quince envidado,  
donde es cierta la maldad,  
pues siendo el punto la edad,  
tú le llevabas ganado.  
Dióte a ti un quince preciso,  
que es el punto que reviste;  
tú, que con quince te viste,  
le envidaste, y él te quiso.  
Tenía según parece,  
trece el Príncipe, y no osó  
pedir más, con que perdió,  
pero se quedó en sus trece;  
y aunque más perdiera, es llano  
que allí perdiera un sin fin;  
pues con la flor del jazmín  
le ganaras por la mano.  
REINA Cielos, ¿qué es lo que he escuchado?  
LUQUETE que por ti, como has oído,  
el Príncipe está perdido.  
REINA ¿Por qué?  
LUQUETE Porque le has ganado.  
REINA Ya se ha sabido su error.  
LUQUETE Mas, vive Dios, bien mirado,  
que estar de ti enamorado  
no ha sido el yerro mayor,  
aunque tú seas su madre.  
REINA ¿No es ese el yerro mayor?  
LUQUETE No, Señora que peor;  
fuera estarlo de su padre.  
REINA Y ¿el Rey sabe...?  
LUQUETE No estudió.  
Y no sabe.  
REINA ¿Estás en ti?  
Su amor digo.  
LUQUETE ¿Su amor? Sí,  
Pero gramática no.  
REINA Ya este es mal desesperado;  
¿qué ha dicho, si esto ha sabido?  
LUQUETE Como habla suspendido  
su boda el Rey, se ha quedado,  
viendo que tu imágen bella  
de amor al Príncipe inflama



SELEUCO. -Dichos.

SELEUCO Favor al cielo le pido.

¿Qué intentara mi cuidado,  
del Príncipe enternecido,  
de mi afecto provocado  
y de su culpa ofendido?

¡Fuerte empeño a mi grandeza!

Pero la Reina está aquí. -

Señora, ¿aquí vuestra alteza?

REINA Yo, Señor, que os tengo en mí,  
os miro sin extrañeza.

FLORETA (Ap. a Luquete.)

Cierto que el Rey es brioso,  
de galán está hecho un brinco,  
y es mozo, que aún no es roñoso.

LUQUETE Es que como anda celoso,  
se ha puesto de veinte y cinco.

REINA (Ap.)

De temor de hablarle dejo.

SELEUCO (Ap.)

No sé a quién pedir consejo.

LUQUETE (Ap. a Floreta.)

Todo esto parara en gozo.

FLORETA ¿Con qué?

LUQUETE Con quo aqueste viejo  
no quisiera ser tan mozo...

REINA Mas triste y suspenso ahora  
parece, Señor, que os vi,  
que otras veces.

SELEUCO Sí, Señora,

porque la causa empeora. -

Retiráos todos de aquí.

(Vanse los criados.)

#### ESCENA IV

SELEUCO, LA REINA.

SELEUCO (Ap.)

Esto ha de ser; mis antojos  
cedan hoy a mi sosiego.

REINA (Ap.)

Temblando estoy los enojos  
del Rey, que está por los ojos  
echando llamas de fuego.

SELEUCO Señora, yo os vengo a hablar  
en un caso tan atroz,  
que no sé cómo empezar,  
porque temo no acabar  
sin que me falte la voz.  
El empeño que refiero  
es, Señora, lo primero  
entre vuestra estimación  
y mi propia obligación,  
y lo que al Príncipe quiero.  
Mirad en tal competencia  
qué razón habrá que cuadre  
de vuestra fe a la decencia,  
de mi amor a la violencia,  
y la obligación de padre.  
En empeño tan cruel  
no se vio pecho ninguno,  
padre, esposo, amante y fiel,  
pues entre mí vos y él,  
hoy he de faltar al uno.  
Faltarme a mí es tiranía;  
faltarle a él impiedad;  
faltar a vos grosería;  
mirad, Señora, qué haría  
aquí vuestra voluntad.  
Y porque mi confusión  
sepáis del todo, Señora,  
del Príncipe la pasión  
es que os rindió el corazón;  
por vos pena y por vos llora.  
No os turbéis, que solo están  
sus yerros en el acierto  
de su amor; tras él se van,  
sin ser culpa del imán  
las liviandades del hierro.  
Apenas, Señora, oí  
tal delito, cuando entré  
a verle, o matarle fui,  
mas no pude, y ello fue  
porque no me habló y le vi;  
que, como yo iba ofendido  
de oír sus Ciegos antojos,  
y le vi callar rendido,  
vieron su pena los ojos,  
y ato su culpa el oído.  
Viendo lo que le maltrata  
su pena, no osé mover

al golpe la niano ingrata,  
y dije: «Si ella le mata,  
¿qué me queda a mí que hacer?  
Si su estrella le destina  
a este amor, y es tan mi amigo,  
que vence lo que le inclina,  
su pasión antes es dina  
de premio que de castigo.  
Y pues es cierto que no  
fue elección, sino violento  
destino que le arrastró,  
de su pena debo yo  
premiar el merecimiento.  
El empeño es bien cruel,  
pues espero, entre los dos,  
verme sin vos y sin él;  
mas me veo, siendo infiel,  
sin mí, sin él y sin vos.  
Vos os habéis de mirar  
como suya desde aquí;  
que yo no he sabido hallar  
otro modo de no estar  
sin él, sin vos y sin mí.  
Y ato penséis que, infiel,  
falto a vuestra estimación  
por quererle mas a él;  
que así os doy mi corazón,  
donde le tengo más fiel.  
En él, Señora, os poseo,  
y él me tiene a mí consigo;  
dadme logro a este deseo,  
porque así solo me veo  
con él, con vos y conmigo.  
Y si acaso mi aflicción  
se deja reconocer  
en tan dura partición,  
sirvame de intercesión  
lo que me veis padecer.

REINA (Ap. ¡Cielos! ¿Si esto será industria  
del Rey, por saber si hay causa  
en mi pecho de su amor?)  
Señor, vuestra voz me halla  
sin voz para responderos,  
porque esta que alienta el alma  
s un eco de la vuestra,  
donde solo al pronunciarla,  
el uso no más es mío,



¡Terrible acción he resuelto!

REINA (Ap.)

¡Dichosas fueron mis ansias!

SELEUCO (Ap.)

Lo que he dicho aún no he creído.

REINA (Ap.)

Ya él viene; ¡quién te avisara! (Vase.)

## ESCENA VI

ANTÍOCO, ERASISTRATO. -SELEUCO, LUQUETE.

ERASISTRATO Aquí, Señor, os espera.

ANTÍOCO ¿No sabéis a qué me llama?

ERASISTRATO No, Señor.

ANTÍOCO Temblando llevo.

LUQUETE (Ap.)

Vive el cielo, que esta es maula.

ANTÍOCO A vuestros pies, gran Señor,

vengo a ver lo que me manda

vuestra alteza.

SELEUCO Llegad silla. -

Sentáos.

ANTÍOCO (Ap.)

¡El cielo me valga!

(Siéntanse Seleuco y ANTÍOCO)

SELEUCO Retiráos todos ahora.

(Vase Erasistrato.)

LUQUETE (Ap.)

Si el Rey se hace hombre, la saca,

que mi amo tiene mal juego;

pero si el Príncipe arrastra,

ha de renunciar el viejo;

con que la polla le gana.(Vase.)

## ESCENA VII

ANTÍOCO, SELEUCO.

SELEUCO (Ap.)

Temblando estoy de mí mismo;

quiera el cielo que mi saña

en la reprehensión se temple.

ANTÍOCO (Ap.)

Con el semblante me espanta.

SELEUCO Ya vos, Príncipe, sabéis

los cuidados que me causan

vuestros males, pues mis bodas  
solo por vos se dilatan.

Yo, aplicando los remedios  
que debe la vigilancia  
de mi amor a vuestra cura  
conocí de vuestras ansias  
la causa por el efecto,  
cuyo dolor llegó al alma,  
tan poco de él defendida,  
que a traición tan desusada  
no supo hacer resistencia;  
que a ingratitud tan tirana,  
aun prevenido ya el golpe,  
fuera difícil hallarla.

Yo, en fin, sé vuestra dolencia.

ANTÍOCO Señor...

SELEUCO           No me habléis palabra;  
que mi enojo solo a oírme,  
y no a respondeme, os llama.

ANTÍOCO De piedra seré, Señor.

SELEUCO Esa diligencia os valga  
para que aquí no es abraza  
el fuego de mis palabras;  
pero si para ofenderme  
tuviste dureza tanta,  
poco os costará el ser piedra.

ANTÍOCO (Ap.)

Si hará; que ya estoy sin alma.

SELEUCO supuesto que ya os he dicho  
que he conocido la causa  
de vuestro mal, ya también  
sabréis que sé vuestra infamia:  
vuestra infamia; no extrañéis  
en mi labio esta palabra;  
que mas deshonesto ha sido  
vuestra culpa, y siendo tanta  
por no mataros con ella,  
no me atrevo a pronunciarla.

Como padre, como amigo  
y como rey, hoy se halla  
de vuestro error ofendida  
mi majestad soberana,  
como hijo, vuestra culpa,  
sacrílegamente osada,  
fue contra Dios, contra mí,  
y contra sí misma ingrata.

Quien pierde al padre el respeto,

a su mismo ser ultraja;  
pues ¿a quién perdonará  
quien a sí mismo se agravia?  
Más de las tres, esta culpa  
es la más ocasionada,  
pues a ella alentaros pudo  
de mi piedad la esperanza.  
Como amigo, habéis faltado  
a la fe, aquí se adelanta  
vuestro delito, pues fue  
agraviar mi confianza.  
Esta culpa es la más torpe  
¿con qué fiera se compara  
quien de la fe que le entregan  
hace el puñal con que mata?  
Mas también aquí hay motivo,  
si vuestra traición tirana  
vio con el amor de padre  
la obligación disfrazada.  
Como padre y como amigo,  
ya os movió la confianza  
de mi amor; más como rey,  
¿qué os alentó a injuria tanta?  
Vos osáis poner los ojos  
¿en quién es dueño de un alma  
cuya imagen solamente  
venera temblando el Asia?  
(Al paso que Seleuco se enoja, Antíoco va retirando la silla.)  
¿No soy yo Seleuco, quien  
dio a Alejandro con su espada  
más coronas que vasallos  
tienen sujetos mis plantas?  
Del brazo que el orbe asombra  
solo con el amenaza,  
¿Vos el golpe despreciáis?  
¿No sabéis que imaginada,  
es cometida esta culpa?  
No pudisteis contrastarla  
primero que consentirla,  
y no dar a vuestras ansias  
tanto lugar en el pecho?  
Vos entregáis toda el alma  
a deseo tan injusto,  
que si yo le imaginara  
solicitado de vos,  
no tiene gotas el agua,  
la tierra arenas, ni el aire

tiene átomos que igualaran  
los pedazos que os hiciera  
en la abrasadora llama  
de mi aliento: ¡vive el cielo,  
que ya volcanes exhala...!  
(Arrojase el Príncipe a los pies del Rey.)

ANTÍOCO Padre mío, padre mío,  
ya yo estoy a vuestras plantas;  
si con la voz me habéis muerto,  
¿de qué sirve la amenaza?  
Yo ya me muero, Señor;  
el corto plazo que falta  
a mi vida os sacrifico,  
y la rindo a vuestra espada.

SELEUCO (Ap. ¡El alma me ha enternecido!)

Hijo, a mis brazos levanta.  
¡Oh mal hayan mis enojos!  
¿Qué te ha de quitar quien trata,  
para darte a ti la vida,  
de despojarse del alma?

Hijo, ya el alma te he dado:  
mira si la deseabas,  
si yo más te puedo dar  
ni tú de mí más aguardas.

ANTÍOCO ¿Qué es lo que decís, Señor?

Que mi temor me acobarda.

SELEUCO Hijo, que ya estás casado.

ANTÍOCO (Ap. Todo mi aliento me valga.)

¿Con quién, Señor?

SELEUCO Con la Reina:

mira si tu amor me arrastra,  
mira si a mi piedad debes  
la traición con que me agravias;  
mas no me quiero acordar  
de lo que es tu culpa, basta  
que compre yo tus alivios  
tan a costa de mis ansias;  
que para morir con ellas,  
viendo lo que te maltratan,  
a tu pecho se las quite,  
y a mi corazón las traiga.

ANTÍOCO (Ap. ¡Valgame el cielo! ¿Qué escucho?)

¡Yo debo fineza tanta  
a mi padre, que su amor  
por darme vida se mata,  
y yo no me sé vencer  
por su amor! Aquí del alma,

de la razón asistida  
contra mi pasión tirana.  
Compítale mi fineza,  
y pues él me entrega el alma,  
sepa volvérsela yo;  
y en competencia tan alta,  
a buen padre. mejor hijo,  
y sel mía la palma;  
que de pasión a pasión  
yo le llevo la ventaja.)

Señor, suspenso he quedado  
al escuchar que me casas  
con la Reina; pues ¿por qué?  
SELEUCO Tu pregunta es mas extraña;  
por lograr tu amor.

ANTÍOCO ¿Qué amor?

SELEUCO Pues la pena que te mata  
¿No es estar enamorado?

ANTÍOCO ¡El cielo, Señor, me valga!  
¿De la Reina yo?

SELEUCO ¿Qué dices?

Pues ¿no es su amor quien te acaba?

ANTÍOCO ¿A mí, Señor? ¿Cuándo o cómo?

SELEUCO Hijo, mira si me engañas  
por respeto, que es en vano,  
pues la costa de mis ansias  
tiene ya el corazón hecha.

ANTÍOCO Señor, cuando amor causara  
mi pena, fuera a mi prima,  
pues mi pecho la idolatra;  
y porque creas que es cierto,  
que mi mal tiene otra causa,  
yo me casaré con ella;  
que acaso con la mudanza  
de estado la habrá en mis males.

SELEUCO ¿Qué me dices?

ANTÍOCO Que te engañas.

SELEUCO Hijo, ¿es cierto?

ANTÍOCO Sí Señor;

y si lo dudas, ¿qué aguardas  
con tan fácil experiencia?

SELEUCO Hijo, arrojarme a tus plantas  
para pedirte perdón  
de injuria tan mal pensada.  
El alma, que ya en suspiros  
y en sentimientos te daba,  
te la diré en alegrías,

pues me la vuelves con tantas.  
Iré a prevenir tus bodas  
y las mías, que dilata  
tu salud con esta dicha;  
háganse juntas entrambas.  
A avisar voy a la Reina.

ANTÍOCO Señor...

SELEUCO No me hables palabra. (Vase.)

## ESCENA VII

ANTÍOCO ¡Válgame el cielo! ¿Qué he dicho?

¿Ya con la Reina se casa  
mi padre? Sí, y ya mi vida  
toca al punto donde acaba.  
¿Ya murió mi amor del todo?  
Sí, también (¡ay tristes ansias!);  
pero yo ¿por qué me quejo?  
¿Cómo mi valor desmaya?  
Aquella razón valiente  
que me movió a despreciarla  
con tanto valor, ahora  
¿cómo aquí me desampara?  
¿no hizo aquí mi corazón  
con generosa arrogancia  
lo que a la razón debía?  
Pues ese alivio me basta.  
Muera yo mil veces, muera,  
y esta propensión tirana  
triunfe en mí de mis sentidos,  
pues como reina los manda;  
pero si yo le entregué  
mi corazón a la causa  
de mi dolor, mi osadía  
ya como ajeno le ultraja.  
Ya no era mío, suyo era,  
y en dar su vida a las llamas,  
ofender lo que no es mío  
es la pena que me mata.  
Mas mi padre ¿no es primero?  
Así la razón lo manda.  
Pues si la razón lo afirma,  
¿quién es el que la contrasta?  
La razón ¿no es la que reina  
en las potencias del alma  
y en los sentidos del cuerpo,  
pues todos los avasalla?

¿Quién contra ella se conjura?  
¿Quién Sus decretos quebranta?  
El pueblo de los sentidos,  
que la voluntad tirana  
contra su reina acaudilla  
y sediciosa levanta  
sus espíritus rebeldes;  
que como plebe alterada,  
sin freno que los detenga,  
entran a saco en su alcázar,  
y contra ley y justicia  
la noble razón arrastran.  
Pues aquí de la nobleza  
que a la razón acompaña.  
Discurso, ingenio y prudencia,  
que las principales basas  
sois de aquesta monarquía,  
traición, que a la Reina matan.  
Ya todos están presentes,  
ya la defienden y amparan;  
la razón se fortalezca,  
y al tumulto de las ansias  
cierre el oído las puertas  
y la vista a las ventanas.  
Ya están cerradas, pues miren  
si algún traidor está en casa.  
La voluntad, como ciega,  
quedó dentro de la casa:  
presa está; pues muera ahora,  
y aquí la traición se acaba;  
que muerta la voluntad,  
todos los otros desmayan.

#### ESCENA VIII

LA REINA. -ANTÍOCO.

REINA ¿Príncipe?

ANTÍOCO ¿Señora?... (Ap. ¡Ay cielos!)

REINA (Ap. El sabrá ya lo que pasa;  
más a mi decoro importa  
disimular.) ¿No hay mudanza  
en vuestro mal? ¿Cómo os va?

ANTÍOCO (Ap.)

El corazón me arrebatan  
sus ojos (¡Ay de mi triste!);  
que aquí la razón se acaba,

porque esta es otra traición  
que estaba oculta en la sala.

REINA ¿No respondéis?

ANTÍOCO Ya, Señora,

contra mí... (¡El cielo me valga!)

Mi amor... (¡Sin vida respiro!)

Os perdió. (¡Estoy sin alma!)

Más ¿qué he de hacer, si de alevos  
está la razón cercada?

Que como era contra ella,

no cerraron de su alcázar

los ojos y los oídos

las puertas y las ventanas.

REINA ¿Qué decís, que no os entiendo?

ANTÍOCO Que ya mi padre me daba

La vida; más mi respeto

no se atrevió a dicha tanta.

Yo me resolví a morir,

no pensé que me costara

tanto dolor; más al veros,

ya el corazón me traspasan

las flechas de vuestros ojos,

cuyo veneno en triaca

pude volver, y no quise.

Yo muero, mi vida acaba.

REINA (Ap.)

¿Qué es lo que escucho? ¡Ah, traidor,

que has muerto a quien no pensabas!

ANTÍOCO Señora, señora mía,

vos, que estáis viendo mis ansias,

enmendad lo que yo erré,

si me amáis.

REINA ¡Locura extraña!

¿Qué decís, Señor? ¿Yo amaros?

ANTÍOCO Pues si el Rey con vos me casa,

¿no podéis amar?

REINA No sé.

ANTÍOCO ¿Cómo no?

REINA Si él me casara,

me volviera el albedrío,

que es lo que ahora me falta,

para saber lo que hiciera.

ANTÍOCO Bien hacéis; vuestra constancia

le da ejemplo a mi respeto:

muera yo, y viva su fama.

Yo, Señora, me retiro:

lo que os pido en mi desgracia

es que lástima tengáis  
de mi muerte desdichada,  
REINA no podré; que yo también  
moriré. (Ap. ¡Ah pasión tirana!  
¿Qué has dicho?)  
ANTÍOCO ¡Ay amor! ¿Qué escucho?  
¿Qué decís?

REINA No digo nada.  
ANTÍOCO Pues ¿qué decís de morir?  
REINA Que si el Rey piadoso trata  
de daros a vos la vida,  
¿por qué despreciáis la gracia?  
ANTÍOCO Decís bien; mas no decís,  
que su respeto me ataja;  
pero esto es cuando no os miro;  
que en vuestra presencia el alma...  
(Ap. Yo no sé lo que me digo),  
y en la violenta borrasca  
que la nave del discurso  
corre aquí, si amor no amaina,  
es fuerza hacerse pedazos  
árboles, velas y jarcias.  
Adiós, Señora.

REINA ¿Así os vais?  
ANTÍOCO Es forzoso.  
REINA ¿Por qué causa?  
ANTÍOCO Yo no puedo resistirme.  
REINA ¿De quién?  
ANTÍOCO De vuestra esperanza.  
REINA Yo ¿en qué la tengo?  
ANTÍOCO En mi muerte.  
REINA ¿No sois vos el que la causa?  
ANTÍOCO El enfermo a quien la sed  
de calentura le abrasa,  
el agua, que le prohíben,  
pide con voz lastimada.  
La que le asiste piadosa,  
enternecida a sus ansias,  
le da el vaso por alivio,  
y con su piedad le mata.  
Yo soy el enfermo aquí.  
A quien el amor abrasa  
con la ardiente calentura  
de sus encendidas llamas;  
vos, que me asistís piadosa,  
oyendo mis tristes ansias,  
en el vaso del afecto

me ponéis en vez del agua,  
el cristal de vuestra mano,  
que esta ardiente sed apaga.  
Yo veo en ella mi alivio,  
ella brinda mi esperanza;  
yo a mi sed me precipito,  
ella se acerca a apagarla;  
yo mi peligro recelo,  
vos me culpáis la templanza;  
yo de sediento estoy ciego,  
el labio al cristal me llama;  
yo le procuro, él se llega;  
yo tras él voy, él me aguarda;  
él me brinda, yo me templo;  
yo le bebo y él me mata.  
Pues para que no se pierda  
lo que por perderse falta.  
Si alguno hay que no esté perdido,  
huya mi amor su esperanza;  
que cuando yo haya templado  
la ardiente sed que me abrasa,  
¿qué importa que mi amor viva  
si me ha de matar la fama? (Vase.)

## ESCENA IX

LA REINA ¡Ay de mí! Príncipe, escucha  
no huyas de mí, no te vayas.  
¡Ah griego traidor, que has hecho  
troya la ciudad del alma!  
Cuando introduciste el fuego  
que mi corazón abrasa,  
viendo arder a mis sentidos,  
¿huyes cobarde la llama?  
¿Ahora, oh cielos, me dejas?  
¿Ahora, cruel, me faltas?  
Plegue a los cielos, tirano...  
Pero ¿qué digo? ¿Quién habla  
por mí? ¿Soy yo quien lo dice?  
¡Ay, Dios, que necias palabras!  
¿Me he olvidado yo de mí?  
Pues mi entereza no basta  
a resistir este incendio,  
por más que en mis venas arda,  
apáguele mi respeto,  
abra el decoro las arcas  
del agua, que prevenidas





## ESCENA XI

SELEUCO, ASTREA, FLORETA, NICANOR, MÚSICOS y ACOMPAÑAMIENTO,  
todos de gala; después, ERASISTRATO. -Dichos.

MÚSICA En sus apacibles nudos  
enlace amor esta vez  
las hermosas majestades  
de la rosa y el clavel.

SELEUCO Llegad, Señora, a mis brazos,  
donde con lazo amoroso  
os restituya la dicha,  
que en nuevas albricias cobro.

REINA Yo, Señor, soy quien la gana.  
(Ap. Aliéntese mi decoro,  
y afectos dulces parezcan  
los que son tristes sollozos.)

ASTREA (Ap.)  
Aún no creo mi ventura;  
que es tan grande el alborozo  
con que me acerco a esta dicha,  
que, como mía, la ignoro.

SELEUCO Del Príncipe entrad al cuarto,  
donde entrambos desposorios  
se celebren, repitiendo  
el dulce aplauso que gozo.

MÚSICA En sus apacibles nudos  
enlace amor esta vez  
las hermosas majestades  
de la rosa y el clavel.  
(Sale al encuentro Erasistrato.)

ERASISTRATO ¿Cómo, Señor, te permites  
a festivos alborozos.  
Cuando el Príncipe está ya  
en sus postreros ahogos?

SELEUCO Erasistrato, ¿qué dices?

ERASISTRATO Señor, que apenas tú propio  
en su cuarto le dejaste  
prevenido al desposorio,  
cuando de un frío sudor  
el cuerpo cubierto todo,  
en un mortal parasismo.  
Se arrojó sobre mis hombros.  
Señor, él queda muriendo.

SELEUCO ¿Cómo es eso, si mis ojos  
en este instante le dejan  
tan contento y tan brioso,

que nunca le vi más libre  
de sus males rigurosos?

ERASISTRATO Señor, todo eso fue aliento  
de un pecho noble y heroico,  
que viendo tu piedad, quiero  
excederla de este modo.

Él se muere de su amor.

SELEUCO ¿Cómo puede, si yo propio  
te daba a la Reina ya?

ERASISTRATO Siendo tu hijo, y valeroso,  
dejándose morir antes  
que permitir tal oprobio;  
que su pecho le imagina  
en usurparte ese logro.

SELEUCO Pues traedle a mi presencia;  
que yo a dársela estoy pronto.

ERASISTRATO No la ha de aceptar, Señor.

LUQUETE ¡Qué! ¿no es hombre de negocios?  
Pues protestarle la boda,  
y pregonársele y todo.

SELEUCO Mas me obliga su fineza. -  
Id por él luego vosotros.

(Vanse algunos del acompañamiento.)

(Ap. Cielos, ¿si esto será cierto?)

Señora, vos es forzoso  
que hayáis ya de ser su esposa.

REINA Si él no lo permite, ¿cómo?

LUQUETE Prenderle, porque consienta  
las esposas.

SELEUCO De este modo  
no lo podrá resistir.

LUQUETE Ya viene aquí; él será novio,  
o ver para qué nació.

## ESCENA XII

ANTÍOCO, ACOMPAÑAMIENTO. -Dichos.

ANTÍOCO A tus pies, Señor, me postro;  
que si he de morir en ellos,  
vengo a morir más dichoso.

SELEUCO Hijo, ya yo estoy casado;  
y porque veas que es forzoso  
que sea tu esposa la Reina,  
con Astrea me desposo.

Sobrina, dame la mano.

ASTREA Señor, mejor suerte logro.

SELEUCO (A su hijo.)  
Tú a la Reina se la da;  
y porque este nombre heroico  
no pierda aquí, la corona  
de Tiro en tu frente pongo.  
ANTÍOCO ¡Oh padre! ¿cómo pretendo  
competir lo generoso  
de tu fineza? A tus plantas  
agradecido me arrojó.  
SELEUCO Ve a la Reina. que te espera,  
con ese abrazo amoroso.  
ANTÍOCO Ya se le doy con el alma.  
REINA Y yo con ella le tomo.  
LUQUETE Y con esto, y con un vitor  
que pide el ingenio a todos,  
esta historia verdadera  
aquí tiene fin dichoso.

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

